

tenía nada de coleccionista; su gusto era la decoración, los grandes efectos de conjunto; y en verdad el salón, iluminado por dos lámparas de viejo Delft, adquiría tonos marchitos muy suaves y vivos: oros mate de las dalmáticas que forraban los siales, incrustaciones amarillentas de los gabinetes italianos y de los armarios holandeses, matices fundidos de los portiers orientales, las diminúsculas manchas de los marfiles, de las porcelanas, de los esmaltes, descoloridos por la edad y destacando sobre la tapicería neutra de la estancia, color rojo oscuro.

Claudio y Cristina fueron los primeros en llegar. Esta vestía su única bata de seda negra, usada, deslucida, que cuidaba con sumo esmero para ocasiones análogas. Desde luego cogióle Enriqueta ambas manos, llevándosela á un canapé. La quería de veras, y empezó á interrogarla, viendo su aspecto singular, su inquieta mirada y su extraordinaria palidez. ¿Qué tenía? ¿era desgraciada? No, no tal; contestóle que estaba muy contenta; y sus ojos, á cada minuto fijábanse en Claudio, como para estudiarlo. En cuanto á éste, parecía excitado, con una fiebre de palabras y gestos que no había mostrado desde hacía largos meses. Sólo, por momentos, decaía su agitación; y quedábase silencioso, muy abiertos y extraviados los ojos, fijos allá, á lo lejos, en algo que parecía llamarle!

—¡Ah! ¡querido!—díjole á Sandoz.—He acabado de leer tu libro esta noche. ¡Qué vigor! ¡Qué energía! Esta vez le has clavado el pico.

Y ambos charlaron junto á la chimenea, donde llameaban gruesos troncos. Efectivamente, el escritor acababa de publicar una nueva novela; y aun cuando la crítica no cejaba, iba formándose en derredor de su libro ese rumor del éxito que consagra á un hombre, bajo los persistentes ata-

ques de sus adversarios. Por lo demás, no se forjaba ilusiones; sabía perfectamente que la batalla, aun cuando ganada, volvería á comenzar á cada nueva producción. Proseguía avanzando en la tarea magna de su vida, esa serie de novelas, esos volúmenes que lanzaba uno tras otro, con mano obstinada y regular, caminando á la meta que se propusiera, sin dejarse torcer por nada, ni obstáculos, ni injurias, ni fatigas.

—Es verdad—respondió jovialmente;—esta vez, ceden. Hasta uno de ellos hace la funesta concesión de reconocer que soy un hombre de bien. ¡Cómo degenera todo! Pero ¡bah! ya se desquitarán; conozco algunos cuyo cerebro difiere demasiado del mío para que acepten jamás mi fórmula literaria, mis osadías de lenguaje, mis tipos fisiológicos, evolucionando bajo la influencia de los medios; y solamente hablo de los colegas que se respetan, dejando á un lado los imbéciles y los bribones. Para que el trabajo marche, lo mejor es no esperar buena fe ni justicia. Para triunfar, hay que morir.

Los ojos de Claudio se habían dirigido bruscamente á un ángulo del salón, agujereando la pared, transportándose allá, á lo lejos, donde algo le había llamado. Después, enturbiados, volvieron á la realidad, mientras decía:

—¡Bah! tú hablas por ti. Si yo reventara, haría mal... Mas no importa; tu libro me ha infundido una endemoniada fiebre. He querido trabajar hoy, y no he podido. ¡Ah! fortuna que yo no puedo tenerte envidia; de lo contrario, ¡me harías muy desdichado!

En esto abrióse la puerta, y entró Matilde seguida de Jory. Llevaba un rico traje, una túnica de terciopelo rojo-naranja, sobre una falda de raso-paja, con brillantes en las orejas y un abultado

ramillete de rosas en el corpiño. Y lo que asombró á Claudio, fué el no conocerla de golpe, viéndola tan gruesa, redonda y rubia, á la que tan flaca y tostada era antes. Su perturbadora fealdad de manceba fundiase en una hinchazón burguesa de la faz; su boca, de negros agujeros, mostraba ahora unos dientes demasiado blancos, cuando se dignaba ella sonreír, arremangando desdeñosa los labios. Tenía un viso de persona respetable; sus cuarenta y cinco años le daban cierto peso al lado de su marido, más joven, y que parecía su sobrino. Lo único que conservaba de otros tiempos era sólo los perfumes penetrantes; anegábase en esencias, como si intentase arrancar de su piel los olores de plantas aromáticas de que la herboristería la había impregnado; pero el amargor del ruibarbo, la aspereza del saúco y la llama de la menta piperita subsistían; y el salón, en cuanto lo hubo cruzado, llenóse de un indefinible olor de farmacia, alterado por una puntita de almizcle.

Enriqueta, que se había adelantado á su encuentro, la hizo sentar frente á Cristina.

—Se conocían ustedes, ¿verdad? Ya se habían encontrado aquí otras veces.

Lanzó Matilde una fría mirada sobre el modesto traje de aquella mujer que, según decían, había vivido largo tiempo con un hombre, antes de casarse. Era excesivamente rígida sobre este punto, desde que, gracias á la tolerancia del mundo literario y artístico, se veía admitida en algunos salones. Por lo demás, Enriqueta, que la execraba, reanudó la conversación con Cristina, después de los estrictos cumplimientos de buen tono.

Jory había estrechado las manos de Claudio y de Sandoz, y de pie, con ellos, junto á la chimenea, disculpábase, con el último, de un artículo

publicado aquella misma mañana, en su revista, juzgando duramente la novela del escritor.

—Ya sabes, querido, que nunca es uno dueño en su casa... Yo debería hacerlo todo; ¡pero tengo tan poco tiempo! Figúrate que ni siquiera había leído el tal artículo, fiándome de lo que sobre él me habían dicho. Comprende, pues, mi cólera cuando he hojeado, poco há... Estoy disgustadísimo!

—¡Deja, hombre! ¡si es natural!—respondió tranquilamente Sandoz.—Ahora que mis enemigos empiezan á alabarme, es forzoso que mis amigos me ataquen.

De nuevo entreabrióse la puerta, y Gagnière se deslizó con su vago porte de sombra grotesca. Llegaba directamente de Melun, y completamente solo, pues no enseñaba su mujer á nadie. Cuando acudía á comer así, conservaba en sus zapatos el polvo de la provincia, para volvérselo á llevar la noche misma, en el último tren. Por lo demás, no cambiaba; la edad parecía rejuvenecerle; dorábase, envejeciendo.

—¡Toma! ¡aquí tenemos á Gagnière!—exclamó Sandoz.

Y mientras Gagnière se decidía á saludar á las señoras, entró Mahoudeau, ya poblado de canas, con su rostro ahuecado y feroz, donde vacilaban unos ojos de niño. Llevaba todavía un pantalón demasiado corto y una levita que formaba arrugas en la espalda, á pesar del dinero que actualmente ganaba; pues el mercader de bronces, por cuya cuenta trabajaba, había lanzado al mercado algunas de sus graciosas figurillas, que comenzaban á relucir en chimeneas y consolas burguesas.

En el acto, Sandoz y Claudio volvieron la cabeza con la curiosidad de presenciar el encuentro de Mahoudeau con Matilde y Jory. Pero la cosa

pasó muy sencillamente. El escultor se inclinaba, ante ella, respetuoso, cuando el marido, con su aire de serena inconsciencia, creyó que debía presentársela, por vigésima vez quizá:

—¿Eh? ¡es mi mujer, compadre! Un buen apretón de manos, ¡vaya!

Entonces, muy graves, como personas de mundo á quienes obligan á una familiaridad demasiado súbita, Matilde y Mahoudeau se estrecharon las manos. Pero en cuanto se hubo librado de esta carga y reunido con Gagnière en un ángulo del salón, los dos empezaron á reir y á recordarse, en terribles vocablos, las atrocidades de otros tiempos. ¿Eh? ahora tenía dientes; y antaño no podía morder, ¡por fortuna!

Aguardaban á Dubuche, que había prometido formalmente asistir.

—Sí—dijo en voz alta Enriqueta;—no seremos más que nueve. Fagerolles nos ha escrito esta mañana, excusándose. Trátase, al parecer, de una comida oficial, cuya repentina invitación ha tenido que aceptar... Vendrá un momento, á las diez...

La llegada de un despacho la interrumpió. Era Dubuche, que telegrafiaba: «Imposible ausentarme hoy. Alice inspira cuidado.»

—¡Bueno! Seremos ocho—repuso Enriqueta, con la apesurada resignación del ama de casa al ver que van faltando los invitados.

En esto, y abriendo el criado la puerta del comedor, anunciando que estaba servida la mesa, añadió:

—Ya estamos todos... Deme usted el abrazo, Claudio.

Sandoz cogió el de Matilde, Jory se encargó de Cristina, mientras Mahoudeau y Gagnière seguían en pos, continuando sus crudas chanzas sobre lo

que aquél llamaba el rehenchimiento de la bella herbolaria.

El comedor donde entraron, muy espacioso, recogijaba, relumbrante, al salir de la claridad discreta del salón. Las paredes, cubiertas de azulejos, reflejaban tonalidades de estampería de Epinal. Dos aparadores, uno de cristalería y otro de vajilla de plata, centelleaban como escaparates de joyería. Y, sobre todo, la mesa reverberaba en el centro, á manera de capilla ardiente bajo la lámpara ornada de bujías, con la blancura de sus manteles, que destacaban la primorosa disposición del cubierto, los platos pintados, los cristales tallados, las botellas de vinos blancos y tintos, los *hors-d'œuvre* simétricos, ordenados en torno del ramillete central, una cesta de rosas purpúreas.

Apenas acababan de sentarse, Enriqueta entre Claudio y Mahoudeau, Sandoz entre Matilde y Cristina, y Jory y Gagnière en los extremos, cuando la señora de Jory lanzó una frase malhadada. Echándose las de amable, y sin haber oído las excusas de su marido, dijo al anfitrión:

—¡Vaya! ¡habrá quedado usted satisfecho del artículo de esta mañana! ¡Eduardo ha corregido las pruebas con tanto esmero!

Aquí, trastornado, Jory tartamudeó:

—¡No tal! ¡no, hija! El artículo es indigno; ya recordarás que lo compaginaron los cajistas durante mi ausencia, la noche pasada.

El silencio que subsiguió á esta escena, la hizo advertir su falta. Y, no obstante, empeoró la situación, clavando en él una mirada aguda y replicando en voz alta, para aplastarle:

—¡Todavía otro embuste! Repito lo que me dijiste, ¿sabes? ¡no quiero que me obligues á representar papeles ridículos!

Esto heló el principio de la comida. En vano

Enriqueta recomendaba los kilkis; sólo Cristina los encomió. Sandoz, á quien el aprieto de Jory hiciera sonreír, le recordó jovialmente, cuando los salmonetes aparecieron, un almuerzo que habían hecho juntos en Marsella, en tiempos pasados. ¡Ah! ¡Marsella! ¡la única ciudad donde saben comer!

Claudio, que se había ensimismado, pareció que despertaba de un ensueño, preguntando sin transición:

—¿Conque, es cosa decidida? ¿han nombrado ya á los artistas para las nuevas decoraciones del Hotel de Ville?

—No—contestó Mahoudeau;—van á nombrarlos... Yo no obtendré nada, no conozco á nadie... El mismísimo Fagerolles anda muy desazonado... Si no viene acá esta noche, será señal de que la cosa no marcha... ¡Ah! ¡se le acabó el bizcocho! ¡la pintura millonaria comienza á agrietarse!

Y soltó una risita de rencor satisfecho al fin.

—Mahoudeau, ¿no quiere usted más setas?—interrumpió obsequiosamente Enriqueta.

El camarero iba ofreciendo el filete; comían; vaciaban las botellas; pero la tirantez era tal, que los buenos platos pasaban sin ser saboreados, lo cual angustiaba al ama y al amo de casa.

—¿Cómo? ¿setas?—acabó por repetir el escultor,—¡no! ¡mil gracias!

Y prosiguió:

—Lo chusco es que Naudet persigue á Fagerolles. ¡Magnífico! y va á embargarlo... ¡Ah! ¡dejad que me ría! No tardaremos en ver un limpión, avenida de Villiers, en los domicilios de todos esos pintores de hotel. La edificación andará por los suelos esta primavera. Como decíamos, Naudet, que había obligado á Fagerolles á edificarse un hotel y le había amueblado como una cortesana, ha querido retirar sus chucherías

y sus tapices. Pero, al parecer, el otro había tomado dinero encima... Figuraos la cosa: el mercader le acusa de haber maleado el negocio, tomando parte en la exposición; el pintor le contesta que no quiere que le roben más; y andarán á mojicones, estoy seguro!

Elevóse la voz de Gagnière, una voz inexorable y dulce de soñador salido de su arrobamiento:

—¡Fagerolles, pelado!... ¡Si nunca ha valido un bledo!

Indignáronse. ¿Y su renta anual de cien mil francos? ¿y sus premios? ¿y su cruz? Pero el otro, obstinado, sonreía con aire misterioso, como si los hechos nada probasen contra su convicción decidida. Y movía la cabeza, con supino desdén:

—¡Queréis callaros! ¡en su vida ha sabido lo que era un tono!

Iba Jory á defender el talento de Fagerolles, que consideraba hechura suya, cuando Enriqueta reclamó un poco de tranquilidad para los ravio-lis. Siguió una breve tregua entre el cristalino ruido de las copas y el retintín de los tenedores. La mesa, cuya bella simetría iba desmoronándose, parecía más enardecida bajo el fuego graneado de la disputa. Y Sandoz, víctima de inquietud creciente, los miraba atónito: ¿qué mosca les había picado para que se destrozaran con tanto ahinco? ¿no habían debutado juntos, y juntos no debían llegar á la misma meta, con la misma victoria? Por vez primera cierto malestar enturbiaba su ensueño de eternidad, el regocijo de sus jueves que veía subseguirse, idénticos, venturosos, hasta las postreras lontananzas de la edad. Pero no pasó de un leve escalofrío. Y dijo, riendo:

—Cordura, Claudio; aquí están las ortegas.... ¿Eh? ¿Claudio? ¿no me oyes?

En cuanto hubo un ratito de silencio, Claudio había vuelto á sus ensueños, mirando al vacío, y

tomando los raviolis, inconscientemente; mientras Cristina, silenciosa, triste y simpática, no le dejaba de vista un momento.

Sobresaltóse; eligió una pierna de entre los trozos de ortegá, que servían á la sazón; y cuyo fuerte humillo inundaba la estancia de resinoso olor.

—¿Qué tal? ¿oléis eso?—gritó Sandoz, muy jovial.—Parece que uno se traga todos los bosques de Rusia.

Pero Claudio volvió á su preocupación:

—¿Decís que Fagerolles obtendrá el encargo del salón del Concejo municipal?

Y esta frase bastó. Mahoudeau y Gagnière, repuestos en la pista, siguieron disparados. ¡Lindo revoque al agua clara si se lo daban, el tal salón! Y á fe que cometía vilezas para obtenerlo. Sí; él, que en otros tiempos afectaba despreciar los pedidos, como gran artista abrumado, sitiaba ahora al municipio con sus bajezas, desde que sus cuadros no se vendían ya. ¿Podrá darse algo más ramplón que un pintor ante un funcionario público; y las genuflexiones, y las concesiones y las cobardías? ¡Qué vergüenza, esa escuela de domesticidad, esa dependencia del arte bajo el necio beneplácito de un ministro! De seguro Fagerolles, en esa comida oficial, estaba lamiendo concienzudamente las botas de algún jefe de negociado, un idiota digno de un pesebre!

—¿Y qué?—dijo Jory;—se ocupa en su negocio, y hace perfectamente... No seréis vosotros quien pague sus deudas.

—¡Deudas! ¿tengo deudas acaso yo, que he conocido lo que es hambre?—respondió Mahoudeau con aspereza.—¿Por qué se da el lujazo de un palacio, por qué tiene queridas como esa Irma, que le arruina?

De nuevo le interrumpió Gagnière con su extraña voz, de oráculo, lejana y rajada:

—¡Irma! ¡si ella es quien paga!

Irritábanse, lanzábanse pullas, el nombre de Irma volaba por encima de la mesa, cuando Matilde, reservada y muda hasta entonces, por una afectación de buen tono, indignóse vivamente, con gestos alarmados y hocico gazmoño de mujer devota á quien ponen en apuro:

—¡Oh! ¡señores! ¡oh! ¡señores! En nuestras barbas, esa mujer... ¡no hablen ustedes de esa mujer, por favor!

Desde entonces, Enriqueta y Sandoz, conternados, asistieron á la derrota de su banquete. La ensalada de trufas, el sorbete, los postres, todo fué engullido sin gozo, en la creciente cólera de la querella; y el Chambertin y el Moselle se deslizaron como agua pura.

En vano sonreía ella, mientras su marido, bonachón, trataba de apaciguarlos, contemporizando con las flaquezas humanas. Ninguno cejaba; una palabra volvía á encarnizarlos. No era, no, el tedio vago, la soñolienta saciedad que entristecía á veces las reuniones antiguas; era la ferocidad, un deseo de destruirse mutuamente. Las bujías de la lámpara ardían muy elevadas, los azulejos de las paredes abrían sus pintadas flores, la mesa parecía incendiada, con el desorden de los cubiertos, la violencia de las discusiones, y el destrozo que les iba enardeciendo, desde hacía dos horas.

Y Claudio, en medio de la zambra, dijo al fin, cuando Enriqueta se decidió á levantarse, para hacerles callar:

—¡Ah! ¡si me diesen ese salón! ¡si pudiese! Era mi sueño ¡llenar las paredes de París!

Volvieron al salón, cuya araña y candelabros acababan de encenderse. Casi hacía frío aquí, en

comparación de la estufa de donde salían; y el café sosegó por un momento á los comensales. Por lo demás, á nadie esperaban, á no ser Fagerolles. Era un salón muy cerrado; el matrimonio no recibía clientes literarios, ni amórdazaba á la prensa á fuerza de invitaciones. La mujer execraba el mundo, y el marido, riendo, decía que le eran menester diez años para amar á alguien, y amarle siempre. ¿No era la felicidad, irrealizable? ¡algunas amistades sólidas, un rincón de afecto familiar! La música estaba desterrada de allí, y nunca se había leído ni una página de literatura.

Aquel jueves, la velada pareció interminable, en la sorda irritación persistente. Las señoras, junto al hogar mortecino, se habían puesto á charlar; y cuando el camarero, después de levantar la mesa, abrió de nuevo la puerta del comedor, no tardaron en quedar solas, pasando los hombres á fumar, y beber cerveza.

Sandoz y Claudio, que no fumaban, fueron á sentarse en un canapé, junto á la puerta. El primero, muy contento de ver á su antiguo amigo excitado y locuaz, traíale á la memoria recuerdos de Plassans, á propósito de una noticia que acababa de saber: sí, Pouillaud, el antiguo bromista del dormitorio, convertido en tan grave procurador, pasaba sus disgustillos por haberse dejado atrapar con bribonzuelas de doce años. ¡Ah! ¡el animal de Pouillaud! Pero Claudio no contestaba; había oído pronunciar su nombre en el comedor, y allí concentraba su atención.

Eran Jory, Mahoudeau y Gagnière, que habían comenzado de nuevo la matanza, no saciados aún, ¡hambrientos! Sus voces, simples cuchicheos al principio, elevábanse gradualmente, llegando hasta gritar.

—¡Oh! ¡en cuanto al hombre, os lo regalo!—

decía Jory hablando de Fagerolles.—No vale gran cosa... Y cómo os ha burlado ¡ah! cómo os ha burlado, interrumpiendo toda relación con vosotros y labrándose un éxito sobre vuestras espaldas! ¡qué inocentes habéis sido!

Furioso, Mahoudeau respondió:

—¡Pardiez! bastaba estar con Claudio, para ser lanzados á puntapiés de todas partes.

—¡Claudio nos ha matado!—afirmó resueltamente Gagnière.

Y continuaron, abandonando á Fagerolles, á quien reprochaban su degradación ante los periódicos, su alianza con sus enemigos, sus arrumacos á baronesas sexagenarias, aporreando actualmente á Claudio, el gran culpable. ¡Dios mío! el otro, al fin y á la postre, no pasaba de ser una simple zorróna, como hay tantas, entre los artistas, que pescan al público en las aceras, y que sueltan y destrozan á los camaradas, para hacer que suba el burgués á su casa. Pero Claudio, ese gran pintor malogrado, ese impotente incapaz de pintar una figura en pie, á pesar de su orgullo, ¡cómo les había comprometido, qué encerrona! ¡Ah! ¡sí! ¡el éxito dependía de la ruptura! ¡Si hubiesen podido volver á empezar, no habrían sido ellos quienes cometiesen la necedad de obstinarse en innovaciones imposibles! Y le acusaban de haberlos paralizado, de haberlos explotado ¡sí! explotado, y con mano tan zurda y torpe, que ni siquiera se había aprovechado él!

—Y á mí mismo—repuso Mahoudeau,—¿no me volvió idiota por algún tiempo? Cuando me acuerdo, y me tomo el pulso, no comprendo por qué entré en su pandilla. ¿Acaso me parezco á él? ¿hay algo de común entre nosotros? ¿eh?

—¿Y á mí?—continuó Gagnière,—¿no me ha robado mi originalidad? ¿Creéis que me recrea

el oír, á cada cuadro, á mis espaldas, desde hace quince años: ¡es un Claudio!... ¡Ah! ¡no! ¡basta ya! prefiero no hacer nada... ¡Si en aquellos tiempos hubiese podido ver tan claro como veo hoy, no hubiera tenido tratos con él!

Era el sálvese el que pueda, la ruptura de los últimos lazos, en el estupor de verse de repente extraños y enemigos uno de otro, después de una larga juventud de fraternidad. La vida los había ido disgregando en su camino, y comenzaban á aparecer las profundas desemejanzas. Sólo les quedaba en el gáznate la acidez de su antiguo sueño entusiasta, aquella esperanza de batalla y de victoria, juntos, que actualmente agravaba su rencor.

—Lo cierto es—dijo riendo Jory—que Fagerolles no se ha dejado robar como un memo.

Pero, vejado, Mahoudeau, irritóse:

—Haces mal en reírte, ¡valiente descastado eres tú!... Sí; siempre estabas diciendo que nos llevarías en hombros cuando tuvieses un periódico tuyo.

—¡Ah! ¡entendámonos! ¡entendámonos!

Gagnière se unió á Mahoudeau:

—¡Sí, es verdad! No vayas á salirnos ahora con que te mutilan lo que escribes para nosotros, pues eres el amo... Y ni tan sólo una palabra; ni siquiera nos has nombrado en tu última revista del Salón.

Apurado y balbuciente, enfurecióse á su vez Jory:

—¡Y qué! ¡la culpa se la tiene ese bruto de Claudio! Malditas las ganas que tengo de perder mis suscriptores, sólo para daros gusto. Es imposible, ¡ea! imposible hacer vuestro elogio! En vano tú, Mahoudeau, te despepitarrás haciendo gracias chucherías; en vano, tú, Gagnière, seguirás no haciendo nada. Lleváis el sambenito á la es-

alda, y os serán menester diez años de esfuerzos para quitároslo de encima; y aún se dan casos: los hay que no se sueltan nunca... El público se merece ¿sabéis? Y además, nadie sino vosotros creía en el genio de ese gran imbécil ridículo, á quien habrán de encerrar en un manicomio el día menos pensado.

Entonces, el escándalo llegó á su colmo; los tres alborotaron á la vez, llegando á los más pesces reproches, con gritos tales, con tal crugir de dientes, que parecían morderse uno á otro.

En el canapé, Sandoz, turbado en los gozosos recuerdos que evocaba, habíase visto precisado á prestar oído al tumulto que hasta él llegaba por la puerta abierta de par en par.

—Ya lo oyes—le dijo Claudio en voz muy baja, con sonrisa de dolor;—¡ya ves cómo me ponen! No, no, estate quieto, no quiero que les impongas silencio... Lo merezco, sí, pues no he sabido triunfar.

Y Sandoz, palideciendo, siguió escuchando aquel frenesí en la lucha por la existencia, aquel rencor de las personalidades que arrebatava su quimera de eterna amistad.

Por fortuna, intranquila Enriqueta por la violencia de aquellas voces, se levantó y fué á avergonzar á los fumadores de que abandonasen de aquel modo á las señoras para disputarse. Todos volvieron al salón, sudando, resollando, conservando el sacudimiento de su cólera. Y mientras ella, fijando los ojos en el reloj, decía que decididamente no había que contar aquella noche con Fagerolles, empezaron de nuevo los otros sus risitas, cambiando ojeadas. ¡Ah! ¡él sí que tenía buen olfato! no había miedo de que se dejara pescar para encontrarse con antiguos amigos embarazados hoy, y á quienes odiaba.

En efecto, Fagerolles no se presentó. La velada

terminó penosamente. Habían vuelto al comedor, donde estaba dispuesto el té sobre un mantel ruso, bordado de rojo; y bajo las bujías nuevamente encendidas había un campamento de bizcochos, dulces y pastas, todo un bárbaro lujo de licores: whisky, ginebra, kummel, raki de Chío. El camarero sirvió todavía más ponche, muy sócito, en derredor de la mesa, mientras la señora llenaba la tetera, que ante ella estaba hirviendo. Pero aquel bienestar, aquel regocijo de la vista, aquella suave fragancia del té, no lograban aflojar los corazones. La conversación había recaído sobre el triunfo de unos y la adversa suerte de otros. Por ejemplo: ¿no eran una vergüenza esas medallas, esas cruces, esas recompensas tan mal distribuidas? ¿debían seguir siempre hechos unos chicuelos en el aula? ¡Todas las bajezas nacían de ahí, de esa docilidad, de esa cobardía ante los profesores para obtener premios!

Después, en el salón, mientras Sandoz, afligido, empezaba á desear ardientemente que se largasen, percibió á Matilde y á Gagnière, sentados juntos en un canapé, hablando de música con languidez, en medio de los otros extenuados, seca la garganta, incapaces ya de morder.

Gagnière, mirando al vacío, filosofaba y poetizaba, junto al alma hermana de su alma. Matilde, esa vieja zorra cebada, exhalando su equívoco perfume de farmacia, ponía los ojos en blanco, extasiada, bajo el cosquilleo de un ala invisible. Se habían visto por casualidad, el domingo anterior, en los conciertos del Circo, y se comunicaban sus goces, en frases alternadas, fugaces, lejanas.

—¡Ah! ese Meyerbeer, esa sinfonía de *Struensée*, esa frase fúnebre, y luego esa danza de campesinos tan arrebatada, tan pintoresca, y luego la frase de muerte reapareciendo, el dúo de violon-

cellos... ¡Ah! ¡los violoncellos! ¡los violoncellos!...

—¿Y Berlioz, señora? ¿y el aria de *Romeo*? ¡Ah! ¡el solo de los clarinetes, las mujeres amadas, con el acompañamiento de las arpas! ¡Un arrobamiento, una blancura ascendente!... La fiesta empieza, un Veronese, la tumultuosa magnificencia de las Bodas de Caná; y vuelve á comenzar el canto de amor ¡oh! ¡qué dulce! ¡oh! ¡siempre más alto, más alto siempre!

—¿Ha oído usted, en la *Sinfonía en la*, de Beethoven, esa campana doblando siempre, como si golpeará el corazón? Ya lo veo, sí; usted siente como yo; la música es una comunión de las almas... ¡Beethoven, Dios mío! qué triste y tierno ser dos para comprenderle y desfallecer...

—¡Y Schumann, señora, y Wagner, señora! La *Réverie* de Schumann, no más que los instrumentos de cuerda, una ligera lluvia sobre las hojas de las acacias, un rayo de sol que las enjuga, una lágrima en el espacio... ¡Wagner, ¡ah! Wagner! ¡La overtura del *Buque fantasma*! ¿le gusta á usted? ¡diga usted que le gusta! ¡A mí, eso me aplasta! Después de ello, nada, nada más; la muerte...

Extinguíanse sus voces; ni siquiera se miraban, anonadados, pegados uno á otro, perdidos los ojos en el techo, anegados.

Sorprendido Sandoz, preguntóse de dónde había podido sacar aquella jerga Matilde. Tal vez de un artículo de Jory. Por lo demás, había observado que las mujeres hablan perfectamente de música, sin conocer ni una nota. Y él, á quien el desabrimiento de los demás había llegado á poner de mal humor, se exasperó ante aquella postura lánguida. ¡Que no, ea! pase aún que se destrozaran; ¡pero ese final de velada, aquella zorra más que jamona, arrullando so pretexto de Beethoven y Schumann!

Felizmente, Gagnière se puso en pie, de improviso. No olvidaba la hora, á pesar de su éxtasis; quedábale el tiempo preciso para tomar el último tren. Y después de cambiar apretones de manos, blandos y mudos, se fué á dormir á Melun.

—¡Qué tipo!—murmuró Mahoudeau.—La música ha matado la pintura; ¡está de remate!

En seguida, se despidió. Y apenas se hubo cerrado la puerta tras él, exclamó Jory:

—¿Habéis visto su último pisa-papeles? Acabaré por esculpir gemelos de camisa... ¡Otro malogrado!

En esto Matilde, en pie, saludaba á Cristina con un gestecillo seco, afectando una familiaridad mundana con respecto á Enriqueta. Y salió con su marido, humilde y aterrado ante los severos ojos con que le miraba, como decididos á exigir estrechas cuentas.

Entonces, Sandoz, ya fuera de sí, exclamó:

—Eso es el colmo; ¡y fatalmente trata de malogrados á los demás el periodista, el borroneador de artículos, caído en la explotación de la pública necedad! ¡Ah! Matilde, ¡El Desquite!

Sólo quedaban Cristina y Claudio. Este, desde que el salón iba quedando vacío, abismado en el fondo de su sillón, había cesado de hablar, víctima nuevamente de aquella especie de sueño magnético que le entorpecía, fija la mirada muy lejos, á la otra parte de las paredes. Su rostro se estiraba; una atención convulsa le atraía hacia adelante; veía, positivamente, lo invisible, oía una llamada del silencio.

Cristina se había levantado á su vez, excusándose de ser los últimos en despedirse. Enriqueta tenía cogidas sus manos, prodigándole afectuosas frases, suplicándole que se dejase ver á menudo y que dispusiese de ella, para todo, como de una

hermana; mientras la triste mujer, tan simpática en su negro traje, movía la cabeza con pálida sonrisa.

—Vamos—le dijo Sandoz al oído, después de echar una ojeada hacia Claudio,—no hay que afligirse. Ha charlado bastante, está más alegre que otros días... ¡Eso marcha!

Pero ella, con acento de terror:

—No, no; mire usted esos ojos... ¡Mientras tenga esos ojos, temblaré!... Ustedes han hecho cuanto han podido, ¡gracias! Lo que no han logrado ustedes, nadie lo logrará. ¡Ah! ¡cuánto sufro por no poder curarle yo!

Y en voz alta:

—¿Nos vamos, Claudio?

Por dos veces hubo de repetir la frase. No la oía. Acabó por estremecerse, y se levantó, diciendo, como si hubiese contestado á un llamamiento lejano, allí, en el horizonte:

—Sí; ¡ya voy, ya voy!

Cuando Sandoz y su mujer se vieron por fin solos en el salón, cuyo ambiente sofocaba, caldeado por las lámparas y las bujías agonizantes, como aletargado por melancólico silencio después del estrépito de las disputas, miráronse uno á otro y dejaron caer sus brazos, desconsolados por su infeliz velada. Ella, sin embargo, procuró reirse, murmurando:

—Ya te lo previne; me lo figuraba...

Pero él la interrumpió con un gesto desesperado. ¡Cómo! ¿había sonado la hora final de su larga ilusión, de aquel ensueño de eternidad, que figuraba la felicidad en unas cuantas amistades elegidas en la infancia y después gozadas hasta la vejez? ¡Ah! ¡agrupación lamentable, grieta posteriora! ¡qué desmoronamiento, qué balance lacrimoso, después de aquella bancarrota del corazón!

Y recordaba, con asombro, el número de los amigos que había sembrado á lo largo de la ruta, las grandes afecciones perdidas en el camino, la perpetua volubilidad de los otros, en torno de su sér, que él no veía mudar. Sus pobres jueves le llenaban de compasión. ¡Qué de recuerdos, ya de luto! ¡qué muerte lenta de todo lo amado! ¿Debían, pues, resignarse su mujer y él, á vivir en un desierto, enclaustrados en el rencor del mundo? ¿debían, por el contrario, abrir su puerta de par en par ante la oleada de los desconocidos y de los indiferentes? Poco á poco arraigábase una certidumbre en el fondo de su pena: en la vida, todo huía y nada volvía á empezar! Y como rindiéndose á la evidencia, dijo, con hondísimo suspiro:

—Tenías razón... No volveremos á invitarles á cenar juntos; se comerían unos á otros.

Ya en la calle, en cuanto hubieron desembocado en la plaza de la Trinité, soltó Claudio el brazo de Cristina, y tartamudeando le dijo que tenía que despachar un asunto, y le rogó que se fuese sola á casa. Ella le había sentido temblar horripilado y quedó muda de sorpresa y de temor. ¿Un asunto á tales horas, después de media noche? ¿á dónde y para qué? El volvía la espalda escapándose, cuando ella, cogiéndole de nuevo, le suplicó, so pretexto de que tenía miedo, que no la dejase partir sola, tan tarde, hasta Montmartre. Esta consideración pareció convencerle. Volvió á tomar su brazo, traspusieron la calle Blanche y la calle Lepic, y encontráronse por fin en la calle Tourlaque. Y allí, ante su puerta, después de haber llamado, le dijo otra vez:

—Ya estás en casa... Yo voy á despachar ese asunto...

Y alejábase á grandes zancadas, gesticulando como un loco. La puerta se había abierto; y ella,

sin cerrarla, llamó á su marido con ronca voz, lanzándose en su seguimiento. En la calle Lepic le alcanzó; pero temiendo exaltarle más, limitóse á no perderle de vista, andando á unos treinta metros de distancia, sin que sospechara él que le seguía. De la calle Lepic bajó á la calle Blanche, y después enfiló la Chaussée-d'Antin y la calle del Quatre-Septembre, hasta la de Richelieu. Cuando le vió torcer por esta última, sintió un escalofrío mortal; iba al Sena, la pesadilla que cada noche le impedía conciliar el sueño. Y ¡qué hacer, Dios mío! ¿Ir con él, aferrarse á su cuello, allá abajo? Ya no avanzaba sino á traspiés, y á cada paso que les aproximaba al río, sentía que la vida abandonaba sus miembros. Sí, allá iba en derechura: plaza del Teatro Francés, el Carrousel, y por fin el puente de Saints-Pères. Anduvo por él, un momento, arrimóse al pretil encima del agua; y ella, creyendo que iba á lanzarse, quiso exhalar un grito, que se ahogó en su estrangulada garganta.

Pero no; permanecía inmóvil. ¿No era sino la Cité, allí en frente, lo que le asediaba, ese corazón de París, cuya fascinación le seguía por donde quiera, y que él evocaba con sus ojos fijos á través de las paredes, y que le gritaba con continuo llamamiento, á leguas de distancia, sólo de él oído? Todavía no osaba esperarlo, y permanecía clavada tras él, vigilándole en un vértigo de inquietud, viéndolo siempre dar el terrible salto y resistiendo á la necesidad de acercarse á él, temerosa de precipitar la catástrofe, si se dejaba ver. ¡Dios mío! ¡estar allí, con su pasión destrozada, su maternidad sangrando, estar allí, asistir á todo, sin siquiera poder arriesgar un movimiento para detenerle!

El, en pie, agigantado, no se movía; miraba en la oscuridad.

El viento soplabá, y Cristina, tiritando, anegados en llanto los ojos, sentía que el puente daba vueltas bajo sus pies, como si la arrebatara en un deshielo de todo el horizonte. ¿No se había movido Claudio? ¿no saltaba por encima del pretil? No; todo recobraba su inmovilidad; y volvía á encontrarle en el mismo sitio, en su obstinada rigidez, fijos los ojos en el cabo de la Cité, que no veía.

Allí había acudido, llamado por ella, y no la distinguía, en el fondo de las tinieblas. Sólo percibía los puentes, esbeltos esqueletos de sillería destacándose en negro, sobre el agua centelleante. Después, más allá, todo se anegaba, la isla caía en la nada, y ni siquiera habría adivinado su emplazamiento, si los coches de alquiler rezagados no hubiesen intercalado, por momentos, á lo largo del Pont-Neuf, esas chispas brillantes que recorren todavía las brasas apagadas. Nada más se agitaba. Una linterna roja, al nivel de la presa de la Monnaie, lanzaba en el agua un hilito de sangre. Algo enorme y lúgubre, un cuerpo á merced de la corriente, sin duda una pinaza desamarrada, descendía lentamente entre reflejos, á veces visible, otras tragada por la sombra. ¿Dónde había zozobrado la isla triunfal? ¿Sería, acaso, en el fondo de aquellas incendiadas olas? Y seguía mirando, invadido gradualmente por ese gran murmullo del río en la oscuridad. Inclínabase sobre aquel foso tan ancho, frío como un abismo, donde danzaban las misteriosas llamas. El majestuoso y triste ruido de la corriente lo atraía; oía su continuo llamamiento, desesperado hasta la muerte!

Cristina, esta vez, por una punzada en el corazón, comprendió que acababa de cruzar por su mente la idea terrible. Tendió sus vacilantes manos, que la brisa flagelaba. Pero Claudio había

permanecido erguido, luchando contra esa delicia de morir; y prosiguió inmóvil otra hora más, sin conciencia del tiempo, clavadas siempre sus miradas allá, en la Cité, como si, por un milagro de potencia, sus ojos fuesen á producir la luz y á evocarla, para volverla á ver.

Cuando por fin Claudio abandonó el puente dando traspiés, Cristina hubo de adelantársele y correr, para llegar á la calle Tourlaque antes que él.

## XII

Aquella noche, con el desapacible cierzo de noviembre que soplabá á través de su cuarto y del vasto taller, se acostaron á las tres de la madrugada. Cristina, jadeante aún de haber corrido, se metió con presteza entre sábanas, para ocultar que le fué á los alcances, y Claudio, abrumado de fatiga, se desnudó sin decir palabra. Muchos meses hacía que se helaba su hogar; se tendían en su cama uno junto á otro, tras la lenta ruptura del vínculo corporal: voluntaria abstinencia, teórica castidad á que le forzaba la necesidad de consagrar toda su fuerza viril á la pintura, y que ella había aceptado con altivo y mudo dolor, á despecho del tormento de su pasión. Y nunca tanto como aquella noche había sentido entre ellos tal obstáculo y semejante frío glacial, como si ya nada desde entonces pudiera enardecer su ternura y echarles de nuevo en brazos uno de otro.

Durante más de un cuarto de hora ella luchó con el sueño que la invadía. Estaba muy cansada; se amodorraba, y sin embargo, no quería ceder, temerosa de dejarle despierto. Para dormir tranquila, aguardaba cada noche á que antes se durmiera él. Pero él no apagó la luz; permaneció